

La obra de Eduardo Rivas

Cristóbal Marín Tovar

Una fotografía puede deleitarnos, estremecernos, transmitirnos informaciones o hacernos sentir la emoción de un instante. Puede contribuir a despertar conciencias y activar los resortes de nuestra imaginación. Posee la cualidad de las obras de arte que siendo mudas, nos hablan a voces y llenan nuestros sentidos gracias a su poder evocador.

Desde su aparición en el siglo XIX, la fotografía es la manifestación artística que mejor hemos incorporado a nuestra vida cotidiana, con una naturalidad que solo puede explicarse por el espectacular avance y “democratización” de la tecnología.

Sin embargo son muy pocos los que poseen el talento necesario para ser considerados de verdad fotógrafos.

Este es el caso de Eduardo Rivas (Santander 1984). La serena inquietud de su mirada contribuye a que el lenguaje de sus fotografías sea rico en matices, en texturas, en motivos, en emociones que aparecen explícitas o sutilmente escondidas esperando a que el espectador las descubra. Dotadas de un fuerte poder de transmisión, sus fotografías no dejan indiferente a quien las contempla.

Eduardo es un artista cuya sensibilidad exquisita se intuye detrás de sus obras, y es una virtud que comparte con aquellos que le inspiraron, como William Eggleston, Kertész, Brassai, Eugene Smith, Stieglitz, o Ródchenko entre otros.

Tiene el acierto de saber seleccionar, y es un creador que cede sus criaturas a nuestra mirada para que liberen toda su fuerza evocadora.

Gracias al amor de Eduardo por el detalle redescubrimos tanto espacios y elementos naturales como urbanos, así como nuestra forma de relacionarnos con ellos. También nos miramos en los ojos de otros seres humanos en un juego de empatías que nos hace viajar en el tiempo y en el espacio.

En ocasiones, el tiempo aparece detenido en estatuas y atrapado en elementos ligados al descanso eterno, y así aparece en dos de sus series más impactantes a blanco y negro: ¿Inertes? y Requiem.

En la primera de ellas encontramos un repertorio de estados de ánimo contenido en figuras que no parecen haber nacido de las manos de un escultor, sino que desde una forma humana hubiesen pasado a la pétrea en un instante, pero conservando una fuerza interior que parece animar sus expresiones.

En la segunda nos encontramos una mezcla inteligente de necroturismo y memento mori. A modo de catacumbas al sol, vemos extenderse paredes con nichos; encontramos lápidas y epitafios donde se refleja el ansia del ser humano por ser recordado, y donde junto a los estragos del tiempo y el abandono, hay lugar para la ironía. Ángeles desolados nos recuerdan que la única certeza que nos acompaña en la vida es que un día la perderemos. Lo único vivo en ese lugar es un ave, dejando a la imaginación del que la mira la obra la interpretación de ese detalle.

Por contraste, hay un canto a la vida en su serie Coexistencia Artificial. La fuerza imparable de la naturaleza irrumpe en formas sencillas, reclamando su espacio en diversos rincones de la ciudad. Lo delicado frente a lo árido. Una lección de esperanza, de ternura, que hace que nos preguntemos si es Eduardo el que busca el detalle o es el detalle el que le ha seducido con esa muestra de fuerza vital.

Lo natural frente a lo artificial es otra constante en las fotografías de Eduardo Rivas. Si bien refleja los elementos de la naturaleza (agua, tierra, aire) en su delicada serie Homenaje Formal I, es a la ciudad y a su relación con sus habitantes a la que dedica gran parte de su creación.

En Homenaje Formal II encontramos un catálogo de geometrías captadas por la mirada del artista, que parece proponernos un juego en el que sus imágenes serían piezas de puzzle que debemos encajar en un entorno urbano. Es un reto intelectual que cautiva por la belleza fría de aristas y escorzos, dentro de un mundo de piedra, cristal y acero.

En Rasgos Urbanos sigue sin aparecer el hombre, sino solo detalles sencillos que encontraríamos en una ciudad cualquiera. ¿Por qué lo que nos rodea cuando lo vemos a través de los ojos de Eduardo adquiere una categoría que no le otorgaríamos de otra manera? Son imágenes que podrían funcionar a modo de portadas de un libro, pues cada una de ellas parece encerrar una historia que debe escribir quien las contempla. Tal es el poder evocador de estas fotografías.

El hombre como habitante de la ciudad aparece en sus series Homo Urbis I y II. En la primera de ellas el ser humano aparece abrumado, pequeño frente a las dimensiones de los elementos urbanos que él mismo ha creado. Es lo frágil frente a lo colosal. Sin embargo en la segunda, ya aparece el hombre más relajado, más sereno, imbricado en un entorno en el que se sabe desenvolverse, puesto que está condenado a entenderse con él.

En su reciente trabajo, Esencia Cubana (El tiempo relativo), viajamos con los ojos de Eduardo a Cuba. A modo de documental fotográfico, encontramos de nuevo la interacción entre el espacio urbano y sus habitantes, pero con una explosión de color, de vida y de cercanía entre las miradas de los retratados y el espectador, que no encontramos en las series anteriores.

Son vidas congeladas en el instante de una imagen, y que nos hablan con un gesto, con una sonrisa o con ojos de triste resignación de la realidad en la que se desarrolla su día a día, como en las fotografías que presenta con el título Límite mi hogar.

Esperamos impacientes a que Eduardo Rivas siga creando y que en su afán de investigar nos ofrezca imágenes que nos permitan soñar, recordar, reflexionar y como siempre, admirar su obra.

Cristóbal Marín Tovar

Doctor en Historia del Arte. Profesor de Comunicación Audiovisual y Bellas Artes, en el Centro Felipe II de la Universidad Complutense de Madrid.